

MESA REDONDA LOS CELOS

Julio 2005

Clásicamente, el psicoanálisis considera al Complejo de Edipo, como el complejo nodular de las neurosis; es decir, un punto de partida explicativo a partir del cual se comprende todo lo demás. No sólo la génesis y el contenido de las neurosis, sino también el contenido de representaciones del alma humana en su conjunto. En otras palabras, cuando contemplamos al hombre, desde las enseñanzas de Freud, lo imaginamos "habitado" por un niño pequeño, de entre tres y cinco años; desde este punto de vista, las motivaciones anímicas del adulto (tanto concientes como inconcientes) no son otras que las del niño que una vez fue, con un nuevo ropaje.

Descrito en sus lineamientos esenciales, el complejo de Edipo para el varón, consiste en la conjunción de deseos amorosos y sexuales hacia la madre y ambivalencia entre mociones amorosas y hostiles hacia el padre. Agreguemos, muy brevemente, que la imposibilidad del niño de lidiar con este complejo, hace que estas mociones, en gran medida, se repriman; el niño ingresa en una etapa caracterizada por un rebajamiento de lo pulsional (período de latencia) y en adelante, imposibilitado el recuerdo de aquellos conflictos, el complejo de edipo ahora inconciente, se repite en todos los demás aspectos de la vida anímica del sujeto.

En otra oportunidad (Chiozza, G., 1998c), sostuve que más allá de la realidad innegable de estas vivencias, el complejo de edipo constituye un modelo de pensamiento que impregna los desarrollos de Freud; es decir, un paradigma que presta su representación para dar contenido al modo en que, a partir de Freud, comprendemos el psiquismo del hombre. Sostenía también que otros autores, a partir del estudio de vivencias más tempranas crearon otros modelos o paradigmas alternativos. Por ejemplo, si contemplamos al hombre desde los desarrollos kleinianos, ya no lo imaginamos "habitado" por un niño pequeño sino por un bebé de pecho. Nos representamos entonces, sus motivaciones anímicas como un sucedáneo de las vivencias del lactante frente al pecho materno. Desde el modelo metapsicológico desarrollado por Chiozza, en cambio, imaginamos al hombre como si fuera un feto que debe materializar su crecimiento siguiendo el modelo contenido en el ideal, contando para ello con los aportes nutritivos de la sangre materna.

Estos distintos paradigmas son alternativos ya que cada uno se puede aplicar, como modelo explicativo, al hombre en su conjunto; es decir, no se trata de que cada modelo sólo sea aplicable para algunos pocos trastornos. No obstante esto,

existen situaciones para las cuales un modelo puede resultar más idóneo, o más ilustrativo que los otros.

Mientras que en el complejo de edipo --si se puede hacer una separación artificial-- la parte más conflictiva esta dada por el vínculo ambivalente con el padre (amado modelo y odiado rival), en la situación pre-edípica el conflicto está dado por el vínculo ambivalente hacia el pecho. ¿De dónde surge el odio hacia el pecho que gratifica al lactante?, muy sintéticamente diremos que justamente de eso: de su capacidad de gratificar. En otras palabras, el bebé *envidia* al pecho que, con su capacidad, lo hace sentir insuficiente. El esclarecimiento realizado por Melanie Klein del papel que desempeña la envidia en el vínculo con el primer objeto, el pecho materno, constituye una de sus más significativas contribuciones al psicoanálisis, ya que este afecto, prácticamente, no figuraba en la paleta de emociones descripta por Freud para el complejo de edipo. Aclaremos que la envidia no es sólo un afecto más entre otros; tal cual se desprende de los desarrollos de Klein, su papel en la estructuración del psiquismo temprano es trascendente.

No cabe duda que las representaciones pre-edípicas (sean las de Klein o las de Chiozza) caracterizan mejor a la envidia que la situación edípica, de por sí triangular. Si bien es cierto que podríamos decir que en el complejo de edipo el niño envidia al padre, una afirmación semejante no parece ser una descripción del todo lograda. Si queremos significar que para el niño, el padre es un modelo de potencia y capacidad que el niño desea copiar, entonces sentimos que las representaciones aportadas por Klein y Chiozza son más adecuadas y pensamos que lo que el niño siente hacia el padre es una resignificación de lo sentido anteriormente por el pecho o por el ideal, durante la vida intrauterina.

La envidia no es la representación más adecuada cuando queremos describir lo que el niño siente cuando ve que el padre posee a la madre; se trata de otro sentimiento, menos de insuficiencia que de exclusión, para el que reservamos el nombre de "celos".

Se trata de un sentimiento complejo que parece difícil de concebir fuera de una situación triangular. En efecto, no es del todo algo que el niño siente en el vínculo con su madre, ni en el vínculo con su padre; es, sobre todo, algo que el niño siente *frente* al vínculo entre su madre y su padre. Dado que los celos guardan en su crisol, una parte importante de lo que hemos designado como las mociones básicas del complejo de edipo, quizás no sería exagerado afirmar que los celos son a la situación edípica como la envidia es a la situación pre-edípica.

Sin embargo los esclarecimientos que aporta el psicoanálisis sobre los celos no son suficientes para separar este sentimiento de los otros afectos y concederle la misma estatura que posee el carácter estructurante de la envidia. Si bien, como

decíamos, el psicoanálisis recién se empezó a ocupar del papel trascendente de la envidia a partir de los desarrollos de Melanie Klein, el tema de los celos parece seguir esperando su autor.

Hace algunos años, al interpretar psicoanalíticamente el film *Toy Story* (Chiozza, G., 2000c) me surgieron algunas reflexiones que deseo retomar aquí; el film, según mi interpretación, trataba justamente de los celos que experimenta el niño frente a la llegada de un hermanito y, con notable profundidad psicológica, ilustraba, a través de las vivencias de dos juguetes, el camino de elaboración que deben recorrer ambos hermanos para transformar la rivalidad de un principio en genuina amistad.

Aparentemente, lo más obvio, es pensar que los celos hacia el hermanito recién llegado son una resignificación posterior de los celos hacia el padre, primer rival en el complejo de edipo. Sin embargo lo que pude comprender al analizar el film me movió a una consideración un tanto diferente. En los celos hacia el padre, la expresión de la hostilidad del niño se ve interferida por dos factores: el primero y más evidente es el amor hacia el padre y el deseo de identificarse con él; el segundo es el simple hecho de que el padre es más fuerte que el niño, de modo que una confrontación directa implica el peligro de la castración. Por lo tanto, en los celos edípicos, el odio hacia el rival aparece mezclado con el amor; el amor al padre y el amor hacia sí mismo o, si se quiere el temor al daño y la castración.

En los celos hacia el hermanito, en cambio, al no estar interferida por el amor y ni por el temor (dada la ostensible inermidad del neonato) la agresión se desarrolla más fácilmente y por lo tanto se vuelve para el niño más peligrosa y difícil de controlar. Lo único que podría inhibir la agresión hacia el hermanito es el temor de que la agresión conlleve la pérdida de amor de los padres; sin embargo, es justamente ese mismo temor la fuente de los celos y de la hostilidad hacia el rival.

Por lo tanto si queremos representar el drama de los celos, en su estado puro y en su máxima dimensión, la situación de la llegada del hermanito parece más apta que la situación edípica en la que los sentimientos hacia el padre son ambivalentes. En otras palabras, los celos y la rivalidad son vivencias que surgen primariamente en la relación fraterna; entre pares. Cuando estos sentimientos se dirigen al padre implican la negación, por parte del niño, de las diferencias entre su padre y él. Desde la rivalidad, el padre es para el niño un par; como un hermano. Esta negación de las diferencias entre el niño y el padre parece armonizar con las formulaciones de Chiozza (1977b) sobre el malentendido en el complejo de edipo según el cual el padre gozaría de un privilegio del que el niño carece.

Si damos por válido que los celos son una vivencia propia de la rivalidad fraterna, podemos entonces enriquecer su contenido de representaciones introduciendo una diferenciación entre dos tipos de matices distintos.

Por un lado tenemos los típicos celos que experimenta el niño frente a la llegada del hermanito. Se trata de una forma de celos en donde cobra énfasis la vivencia de traición por parte del objeto amado. Con toda la fuerza que podemos suponer en la escena primaria, el niño descubre un aspecto de la madre que le era desconocido: la madre tenía deseos y necesidades que iban más allá del niño; en efecto, desea al padre (al coito) y al nuevo hijo.

La castración adquiere en esta forma de celos el carácter de impotencia; el niño se siente insuficiente frente a los deseos de la madre y se siente inseguro de poder conservar su amor. En este tipo de celos, el sujeto inseguro del amor del objeto, experimenta un temor dirigido al futuro, a lo porvenir, dado que teme una futura traición y ser sustituido por el usurpador.

Por otro lado, podemos diferenciar un matiz distinto si nos representamos a los celos desde las vivencias del hermano menor; el recién llegado. En estos celos parece cobrar énfasis una vivencia diferente a la traición; el niño descubre en el vínculo de la madre con su hermano mayor un tiempo pasado anterior a su existencia.

No se trata, como en el caso anterior, de descubrir una traición sucedida a sus espaldas, sino al descubrimiento de la propia inexistencia. "*¿Y yo dónde estaba?*" pregunta sorprendido el pequeño al ver una foto familiar anterior a su nacimiento. Aquí la vivencia de castración adquiere más la forma de aniquilamiento, de modo que estos celos no nos hablan de temor del sujeto a quedar excluido sino al temor de desaparecer. No es el sujeto que existe traicionado sino el sujeto que, al perder la mirada del objeto, pierde su existencia.

En esta forma de celos cobra más relevancia el pasado del objeto amado, que la posible traición futura. Se trata de la situación del amante que no teme ser traicionado y sustituido, sino que no soporta el pasado amoroso de su amada. Mientras que el temor por la futura traición deja un lugar a la esperanza, lo sucedido en el pasado no se puede cambiar. Si la situación del hermano mayor coincide con lo que clásicamente se ha descrito como celos eróticos, la situación que describimos para el hermano menor parece aludir a lo que se ha llamado celos simbióticos.

Enfaticemos una vez más que se trata de una separación artificial; no pensamos que sean afectos distintos, sino más bien distintos matices de una vivencia

compleja, que parecen salir a la luz cuando contemplamos los celos desde los distintos puntos de vista de los hermanos rivales. Evidentemente, no hace falta un hermano mayor para descubrir la existencia de los padres previa al propio nacimiento; por otra parte si tenemos presente que el niño ha estado unido con la madre desde que tiene memoria, para él, tanto el padre como el hermano mayor son siempre un intruso "recién llegado". Por este motivo pensamos que la escena paradigmática para los celos es, en todos los casos, la llegada del hermanito.

Otro de los esclarecimientos que me ofreció el film *Toy Story* y que quisiera retomar aquí, se vincula con otra vivencia que identifiqué como la contracara del sentimiento de celos, es decir, de la vivencia opuesta. Si los celos implican el temor de perder la preferencia del objeto amado; si los celos implican el deseo de ser el único preferido e irrestricto poseedor de la madre, para identificar la vivencia opuesta deberemos invertir temores y deseos.

De esta manera comprendemos que también existe un *temor* a ser único; es el temor del niño pequeño a tener que satisfacer, él solito, todos los deseos de la madre. En otras palabras, es la amenaza de tener que enfrentarse con el maná destructivo, tema del que se han ocupado Chiozza y colaboradores al estudiar el horror al incesto (1970i). Chiozza sostiene además que es en esta diferencia entre la gran excitación de la madre y la pequeña posibilidad de satisfacerla del niño pequeño, que nace la fantasía de pene pequeño en los hombres.

Este temor engendra el *deseo* por la situación opuesta, es decir, el deseo de un compañero (padre o hermano) con quien poder compartir aquello que no se puede disfrutar o afrontar solo. Quizás en el reconocimiento de esta *necesidad de compartir* podamos encontrar el camino para mitigar los celos y deshacer el malentendido que este sentimiento lleva implícito.

Quisiera todavía retomar un último punto de lo esclarecido en el análisis del film *Toy Story*; se trata, al parecer, de la vivencia que se halla en lo más profundo de los celos y que, por otro camino, parece reforzar esta idea de los celos como una sentimiento surgido del vínculo entre pares, es decir, fraterno. Relatemos brevemente las escenas del film.

Uno de los protagonistas (el que según nuestra interpretación representa el hermanito bebé, recién nacido), convencido desde su omnipotencia narcisista que es un verdadero guardián del espacio, de pronto descubre que es un juguete hecho en Taiwán al ver en un anuncio publicitario una góndola de una juguetería llena de guardianes espaciales como él. Este descubrimiento lo sume en una

profunda depresión de la que sólo consigue salir al tomar conciencia del hecho de que entre todos los juguetes iguales, él es el único que tiene escrito en su bota el nombre de su dueño, "Andy".

De esta secuencia extraje algunas conclusiones; la primera de ellas es que la vivencia de aniquilamiento implícita en las formas más regresivas de los celos adquiere la forma particular de la *indiferenciación*; el ser uno más, perdido y confundido entre muchos iguales. El objeto celado es aquel que con su mirada puede diferenciarnos entre nuestros pares; perder su mirada implica perderse en la indiferenciación. Por eso se comprende que lo que más tememos del objeto no es su enojo o su odio, sino su *indiferencia*. A esta vivencia parecen aludir ciertas expresiones verbales como "*matar con la indiferencia*" o "*sentirse un Don Nadie*".

La segunda conclusión es que lo que asegura la mirada del objeto o, mejor aún, su preferencia, son los ideales depositados por el objeto en el sujeto; aquello que el film simboliza con el nombre de "Andy" grabado en la bota. Es lo que constituye nuestra identidad haciéndonos únicos entre todos; es lo que conforma nuestro yo en el vínculo con los objetos; es lo que nos dota de significatividad para alguien. Por eso la indiferenciación es equivalente al aniquilamiento o desaparición del yo. En otras palabras, en los celos se busca la mirada o preferencia del objeto que nos permita constituir nuestra identidad; lo contrario, lo más temido, es la *indiferencia*.

Quizás el símbolo elegido en el film del nombre de "Andy" escrito en la bota del juguete pueda resultar fecundo para comprender, a la luz de los celos y de la necesidad de diferenciarse del resto, la costumbre de los tatuajes que últimamente ha ganado tantos adeptos. Al parecer, en occidente, esta costumbre hoy tan difundida, era hasta hace unos años atrás, característica de los presos y los marineros. Tanto unos como otros están condenados a pasar largo tiempo viviendo indiferenciados entre pares, lejos de la mirada del objeto amado capaz de reconocerlos, diferenciándolos de la multitud.

Antes de finalizar, hagamos un breve repaso de lo que llevamos dicho hasta aquí.

1. Los celos son difíciles de concebir en un vínculo entre dos ya que exigen, al menos, una situación triangular. No es tanto algo que le sucede al sujeto *en* un vínculo, como algo que le sucede al sujeto *frente* a un vínculo. Esto nos llevó a suponer que los celos son a la situación edípica como la envidia es a la situación pre-edípica.
2. La situación triangular en los celos esta compuesta, además del sujeto, por un lado, por un objeto grandioso que con su mirada y su preferencia otorga una identidad; por el otro, por un objeto rival que recibe esa

- mirada que el sujeto desea. El objeto rival es considerado un par; esto hace que la situación triangular que mejor describe los celos no sea la situación edípica frente a la unión de los padres sino la situación de la llegada del hermanito que implica la amenaza de perder la mirada de la madre.
3. A partir de considerar los celos como una vivencia propia de la rivalidad fraternal, describimos distintos matices que adquieren los celos según se trate del hermano mayor o del hermano menor. En el caso del primero cobra mayor énfasis el sentimiento de traición e impotencia; en el segundo, el sentimiento de desaparecer.
 4. Identificamos en el temor del niño a tener que satisfacer a la madre (temor que engendra el deseo de un compañero) la contracara del sentimiento de celos.
 5. Comprendimos que la vivencia que se halla en lo más profundo de los celos es el temor a quedar indiferenciado al perder la mirada del objeto que constituye nuestro yo. La *indiferencia* del objeto equivale al aniquilamiento del sujeto, confundido en una masa indiferenciada de pares. Especulamos una posible vinculación entre esta vivencia, matriz de los celos, y la costumbre de los tatuajes.

Hemos realizado un recorrido que, partiendo de la situación edípica, nos llevó a una situación fraternal, también triangular. De ahí, a partir de la vivencia de aniquilamiento, progresamos hacia una situación de indiferenciación entre muchos, que suponemos presente en lo más profundo de los celos. No me resulta fácil determinar hasta qué punto este camino constituye una profundización en el tema de los celos o si, en algún punto del camino recorrido, he ingresado en algún desvío que me alejó del tema central.

No obstante hay algo de conmovedor en algunas escenas que este tema nos ha suscitado; como por ejemplo, la del juguete frente a la góndola llena de juguetes iguales e él, o las imágenes de los presos o los marineros, confinados por mucho tiempo, entre pares, alejados del objeto amado que con su mirada pueda diferenciarlos del conjunto amorfo y anodino.

Tratando de encontrar una representación histórica para esta vivencia, análoga a lo que en la situación triangular denominamos "la llegada del hermanito", me surgió una idea, quizás un tanto osada, pero que no me ha abandonado mientras ordenaba estas ideas: se trata de la lucha entre los espermatozoides que compiten por ser el elegido del óvulo. ¿Sería muy osado concederle algún papel en la matriz de los celos a esta vivencia que se halla en el límite entre filogenia y ontogenia, entre herencia y experiencia?